

JORDI ARMADANS, POLITÓLOGO Y PERIODISTA, COMO DIRECTOR DE LA FUNDACIÓ PER LA PAU HA IMPULSADO VARIAS CAMPAÑAS DE DESARME QUE HAN DADO SUS FRUTOS, COMO LA SUPRESIÓN DE LAS MINAS ANTIPERSONA. CONSIDERA QUE VIVIMOS EN UNA SOCIEDAD QUE APRUEBA LAS ACTITUDES VIOLENTAS PARA SUPERAR LOS CONFLICTOS, NO SOLO EN EL CAMPO DE BATALLA SINO TAMBIÉN EN EL TERRENO PERSONAL. PERO LA VIOLENCIA ES UNA ESPIRAL QUE GENERA MÁS VIOLENCIA. SOLO CON EL RAZONAMIENTO Y CON EL DIÁLOGO PODEMOS SER CAPACES DE SUPERAR LAS DIFICULTADES. ASÍ TAMBIÉN OPINA ANTON (MIKAEL PERSBRAND), EL PROTAGONISTA DE *EN UN MUNDO MEJOR*, DE LA DIRECTORA SUSANNE BIER, FILM DANÉS QUE GANÓ EL ÒSCAR DE ESTE AÑO A LA MEJOR PELÍCULA DE HABLA NO INGLESA.

Jordi Armadans reflexiona a partir del film *En un mundo mejor*, de Susanne Bier: «Discrepar exige más valentía que colocar una bomba»

Glòria Carrizosa

Pep Herrero



Jordi Armadans, politólogo y periodista

Usted ha recomendado esta película en su blog. La define como una historia llena de debates y cuestiones lacerantes.

No se esperaba ganar, porque no es una película comercial. Hay varias tramas. Anton es médico y trabaja en un campo de refugiados de un país en guerra. Una actuación con buenas intenciones, pero sus decisiones inciden en el desarrollo del conflicto.

¿Cómo vive el protagonista su profesión de médico?

Como profesional decide ir a un lugar donde hay muy pocas oportunidades, y hacer un trabajo complicado, con poco descanso, intentando curar a la gente que no tiene asistencia sanitaria, atendiendo a centenares de víctimas de un conflicto armado... Lo hace durante unos meses al año y después vuelve a Dinamarca. Como médico se encuentra con un dilema moral: operar a uno de los jefes militares, responsable de tantos muertos y heridos diarios. Esto lo enfrenta con la comunidad, pero por su ética profesional piensa que pese a la barbarie de sus actos, él también tiene derecho a recibir atención médica. De todas formas, marca límites: el general llega escoltado por militares con armas, y Anton dice que en su campamento no entrarán armas. Hay dilemas morales que parecen sí o no, pero las situaciones muchas veces no son blanco o negro. Anton no deja que sus secuaces entren en el campamento, porque es un lugar de paz.



La cultura dominante legitima la violencia, y nosotros somos hijos de esta tradición, y cuando estamos ante una situación límite, tendemos a responder con violencia

Cuando Anton vuelve a casa, se ha de enfrentar a otros retos, como la educación de su hijo. A veces puede parecer más fácil arreglar los problemas de fuera de casa que intentar resolver los propios. El protagonista tiene dos hijos, y uno de ellos, Elia, (Markus Rygaard) plantea el tema que yo considero más interesante de la película: cómo se debe actuar ante una situación de violencia. Su hijo es maltratado en la escuela, él y su amigo Christian responden con más violencia. El padre de Elia intenta diferenciar violencia de valentía, le enseña cómo puede defender sus convicciones de forma pacífica. Es una reflexión interesante que podemos aplicar en muchos ámbitos de la sociedad:

en la escuela, en el trabajo, en las relaciones familiares. Elia y Christian tienen problemas, están al margen del grupo, y van madurando un sentimiento de venganza ante unos hechos que les hacen daño. Es una buena metáfora de lo que pasa en muchos lugares. Pero la violencia solo genera violencia en una espiral. Esto suele pasar en los conflictos armados: como el de los palestinos y los israelíes que se justifican diciendo que ante un hecho inmediato determinado hace falta responder con «contundencia», y en cambio el conflicto político queda tan lejos que ni se acuerdan de él.

El protagonista defiende sus derechos, da su opinión, pero eso no quiere decir que debas herir o agredir a alguien escondiendo la cara, porque eso también es un tópico. Una persona violenta se relaciona con valentía, pero hace sus acciones de forma escondida, sin que le vean. Discrepar civilizadamente exige mucha más valentía que colocar una bomba, o matar de lejos.

La cultura dominante legitima la violencia, y nosotros somos hijos de esta tradición, y cuando estamos ante una situación límite, tendemos a responder con violencia. Ir sustituyendo esta cultura de la violencia por una cultura de la paz es una tarea imprescindible que pide una gran sensibilización, es un trabajo de fondo, de gran recorrido, de cambio de valores, que pide tiempo.

El protagonista siente la angustia de vivir en el Norte y experimenta la injusticia de sobrevivir en el Sur.

En el Norte no hay los casos de injusticias flagrantes que hay en el Sur, pero eso tampoco significa que nuestro mundo sea idílico.

Cuando sale su casa, en Dinamarca, se ve un paisaje ideal, pero también hay conflictos, como la relación con su mujer o la educación de su hijo. La película introduce argumentos que dejan al descubierto las dificultades con que se encuentran las personas que viven en la sociedad del bienestar por enfrentarse y resolver problemas sociales y personales.

¿Cómo trabaja Fundació per la Pau para intentar cambiar esta cultura que justifica la violencia?

Nuestra acción está muy enfocada a educar por una cultura por la paz. No nos ocupamos solo del mundo escolar, sino que también hacemos exposiciones por toda Cataluña, cursos de formación, charlas, tenemos una web muy activa. Hacemos una acción de sensibilización a gran escala para promover esta cultura de la paz.

También trabajamos en temas de desarme, de control de armas, favorecemos procesos de paz en zonas de conflictos. Hace falta un cambio de valores, pero evidentemente de decisiones políticas, y en la medida de nuestras posibilidades intentamos favorecerlo. Junto con otras entidades, hacemos un seguimiento del comercio de armas español, pedimos que haya un control estricto de este comercio y que se ajuste a la ley vigente. Hemos participado en campañas internacionales como la de las minas antipersona. Cuando ves que la presión ciudadana, de forma bien organizada, es capaz de conseguir que se dejen de fabricar estas armas, palpamos de forma tangible una pequeña victoria.

El gasto económico en armamento en época de crisis, ¿es aún más escandaloso?

Sí, efectivamente, es un claro ejemplo de la carencia de ideas claras que hay en este mundo: no puede ser que habiendo una cuarta parte de la población mundial muriéndose de hambre, sin agua potable y que vive en unas condiciones infrahumanas, se gasten tantos millones de dólares en gasto militar. Esperando ataques hipotéticos, se gasta una fortuna, y mientras tanto no hay recursos para solucionar los problemas reales. Es una gran contradicción. Llevamos cuatro años de crisis y las cifras en gasto militar, el último año, aún son más elevadas. Con un 5 o un 6% menos de gasto militar, seríamos capaces de acabar con el hambre. Es un tema hiriente en sí mismo.



Pep Herrero

JORDI ARMADANS es politólogo y periodista. Doctor en Teoría Social y Política por la Universidad Pompeu Fabra, dirige Fundació per la Pau desde 1996. Responsable de las campañas de Desarmamiento de Intermon Oxfam, desde joven ha estado implicado en temas de paz: objeción de conciencia, educación por la paz, etc. Tiene un blog www.jordiarmadans.wordpress.com donde comparte artículos sobre temas de paz y derechos humanos y análisis de la actualidad política. Colabora regularmente con distintos medios de comunicación y asesora diversas ONG en temas relacionados con la paz.